

FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

GRUPO DEL BANCO MUNDIAL

BANCO INTERNACIONAL DE RECONSTRUCCION Y FOMENTO

CORPORACION FINANCIERA INTERNACIONAL

ASOCIACION INTERNACIONAL DE FOMENTO

CENTRO INTERNACIONAL DE ARREGLO DE DIFERENCIAS RELATIVAS A INVERSIONES

ORGANISMO MULTILATERAL DE GARANTIA DE INVERSIONES

J

Comunicado de prensa No. 2 (S)

6 – 8 de octubre de 1998

Discurso del Sr. **MICHEL CAMDESSUS**,
Presidente del Directorio Ejecutivo y
Director Gerente del Fondo Monetario Internacional,
ante la Junta de Gobernadores del Fondo

Palabras pronunciadas por Michel Camdessus,
Presidente del Directorio Ejecutivo y
Director Gerente del Fondo Monetario Internacional,
ante
la Junta de Gobernadores del Fondo
Washington, 6 de octubre de 1998

Señor Presidente, señores Gobernadores, damas y caballeros: Deseo darles una calurosa bienvenida a todos ustedes, especialmente al Gobernador por la República de Palau, nuestro país miembro número 182, y entre los observadores, a Wim Duisenberg en su calidad de Presidente del Banco Central Europeo. Wim, al darte la bienvenida, permíteme aplaudir en nombre del Fondo, el extraordinario logro que representa para Europa haberse dotado de una moneda única, tras muchos años de trabajo perseverante y convergencia sostenida. También deseo expresar nuestra profunda gratitud al Presidente Clinton y al Presidente Menem por su presencia en esta sala, por el ánimo que nos han infundido y por la inspiración que podemos encontrar en sus alocuciones.

Señores Gobernadores, este año nuestra reunión se celebra en plena crisis. Una crisis que ya ha costado cientos de miles de millones dólares, millones de puestos de trabajo y la tragedia incalculable que significa la pérdida de oportunidades y de esperanzas de tantas personas, especialmente entre los más pobres.

Es, por lo tanto, un buen momento para reflexionar seriamente, para reconocer errores y adoptar medidas audaces. Tratemos, pues, todos juntos de dar respuesta a cuatro interrogantes básicos:

- ¿Cuál es la situación actual?
- ¿Qué ha fallado?
- ¿Cuál debe ser la base de la nueva arquitectura internacional?
- ¿Qué podemos hacer para superar la crisis actual y lograr un sistema monetario internacional más sólido y más seguro?

* * * * *

I. ¿Cuál es la situación actual?

Según la evaluación más reciente realizada por el FMI, si no se producen nuevas perturbaciones de importancia, el producto mundial crecerá alrededor del 2% en 1998, sólo la mitad de lo que proyectamos hace un año.

¿Qué ha cambiado? Dos factores básicos han agravado la crisis que hizo eclosión inicialmente en el sudeste asiático. Primero, se intensificó una crisis dentro de la propia crisis: la recesión y la difícil situación del sistema financiero de Japón. Segundo, la súbita intensificación de la crisis de Rusia desencadenó una nueva ola de inestabilidad en todo el mundo. Ningún país ha sido inmune a ellos. Los efectos de contagio se han propagado a través de los mercados emergentes, sobre todo en América Latina, y se han producido bajas en los mercados financieros de Europa y América del Norte. Por último, las turbulencias completaron el círculo volviendo al punto de partida, para infiltrarse de nuevo en Asia y generar mayor incertidumbre con respecto a las perspectivas de una pronta recuperación en la región.

Los virulentos efectos de contagio de la crisis se han dejado sentir con mayor intensidad en los países que han aplicado políticas poco firmes y carecen de instituciones sólidas, pero ni siquiera los países con economías correctamente administradas han quedado a salvo. No llegamos a prever la gravedad de este virus, que se ha propagado a lo largo y ancho del mundo, atacando por ejemplo, a América Latina porque Rusia tuvo dificultades. ¡Qué demostración más clara de la verdadera vulnerabilidad de los mercados emergentes ante cambios repentinos de la confianza, y de los riesgos que se plantean cuando las economías relativamente pequeñas se convierten en receptoras de una gran afluencia de capital a corto plazo!

Ahora, tras este segundo embate de la crisis, la mayoría de los países en desarrollo se enfrentan a un entorno mucho más frágil, una afluencia de capitales mucho menor y un descenso de los precios de los productos básicos:

- En África, donde muchos países están aplicando con éxito programas de ajuste que han generado tasas positivas de crecimiento per cápita por quinto año consecutivo.
- En América Latina, donde muchos países han reforzado sus políticas macroeconómicas y estructurales.
- En las economías en transición, muchas de las cuales, tras años de ardua transformación estructural, se estaban preparando para registrar, un año más, tasas de crecimiento considerables.

A todos estos países, y a otros en Oriente Medio y el resto de Asia, se les plantean ahora importantes desafíos.

Quizá sea demasiado exagerado hablar ya de recesión mundial, pero la magnitud de los riesgos exige una respuesta inmediata. Afortunadamente, las variables económicas fundamentales de los países industriales de América del Norte y Europa siguen siendo sólidas. Durante cierto momento la inflación se ha mantenido bajo control. La expansión económica sigue adelante en Estados Unidos y la recuperación continúa afianzándose en las economías de la zona del euro. No obstante, ni siquiera América del Norte y Europa son inmunes a la crisis, cuyos efectos ya comienzan a sentirse en estas regiones. Por lo tanto, no ha podido ser más oportuna la afirmación de los representantes de las economías industriales, al reconocer recientemente que la balanza de riesgos, que antes parecía inclinarse hacia un aumento de la inflación, se inclina ahora hacia una desaceleración de la demanda. Esta orientación favorable al crecimiento, unida a las perspectivas de un gradual repunte de las economías asiáticas en crisis, a condición de que sigan aplicando políticas firmes, nos permiten prever una moderada reactivación del crecimiento mundial en 1999, del 2% a un 2½% tal vez. No obstante, el riesgo de que la situación empeore sigue siendo grande.

Si podemos esperar que se produzca un repunte el próximo año es gracias a las impresionantes medidas que han adoptado muchos países, algunos de los cuales ya estaban aplicando programas respaldados por el Fondo, para protegerse de los efectos de contagio. Así, cuando se desencadenó la crisis, Filipinas, por ejemplo, logró absorber los efectos más nocivos de las sucesivas oleadas de contagio prolongando e intensificando rápidamente el programa respaldado por el FMI que ya estaba aplicando con éxito. También es encomiable la forma en que han reaccionado los países de América Latina, como ha quedado admirablemente ilustrado en las palabras del Presidente Menem. Al reforzar conjuntamente sus defensas han enviado a los mercados una señal más clara de los notorios progresos logrados en los diez últimos años y, sobre todo, desde la crisis de México. Han creado las condiciones para que el Fondo negocie sin demora el respaldo financiero si fuese necesario.

Todo esto significa que no estamos en 1928. Podemos evitar una recesión de escala mundial. Si mantenemos la calma, y si todos los países se empeñan en lograr la estabilidad, el ajuste estructural y una ordenada liberalización de sus economías, podremos superar esta crisis. Los países en el epicentro de la turbulencia podrían salir robustecidos de la crisis y mejor preparados para hacer frente a los desafíos de la próxima década. Pero para que esto suceda y para que nosotros respondamos como es debido, hay que entender claramente qué ha fallado.

II. ¿Qué ha fallado?

Hablemos claramente: no se trata sólo de países en crisis, sino de un sistema en crisis, un sistema que aún no está suficientemente adaptado a las oportunidades y a los riesgos de la globalización.

Comencemos por los países y, en primer lugar, por Rusia, donde se ha producido la crisis más reciente. ¿Qué falló en Rusia? Ciertamente no fue la estrategia general de reforma que aplicó el país. En el marco de dicha estrategia, que durante más de siete años contó con el

respaldo de la comunidad internacional, se había iniciado una transformación fundamental de la economía, la sociedad y el sistema político. La economía se abrió al exterior y se orientó decididamente hacia el mercado, y se logró controlar la inflación. En 1997, el producto empezó por fin a repuntar y las perspectivas de que se mantuviera el crecimiento futuro eran halagüeñas, a condición de que se llevaran adelante las reformas.

Pero no bastó con una estrategia adecuada. Pese a las buenas intenciones de las autoridades, demasiadas tareas quedaron inconclusas y el respaldo a las reformas fue insuficiente. A principios de 1998, la situación empezó a deteriorarse. El país experimentó una grave perturbación en su relación de intercambio, debido principalmente al descenso de los precios de la energía. Estos factores agravaron las deficiencias estructurales y macroeconómicas: un grave desequilibrio fiscal, problemas generalizados de gestión de gobierno en las empresas y el sector público, creciente fragilidad del sistema financiero y deficiencias en las instituciones de mercado. De repente, este verano, los mercados pronunciaron su implacable sentencia. Actualmente, en nuestro diálogo con el nuevo gobierno, observamos que Rusia tendrá que reencauzarse por la senda acertada para lograr la reactivación y restablecer la confianza, que sufrió un duro golpe cuando las autoridades decidieron, en forma unilateral, reestructurar la deuda. Si Rusia puede volver a empezar a ayudarse a sí misma y a hacerlo en forma convincente, logrando un amplio respaldo para la reforma, el FMI, naturalmente, estará dispuesto a ayudar.

¿Qué falló antes, en Asia, tras décadas de notables resultados económicos? Al igual que en Rusia, la crisis tuvo tres dimensiones. La primera se caracterizó por la presencia de desequilibrios macroeconómicos que se reflejaron en salidas del capital de corto plazo. La segunda se materializó en forma de crisis agudas en el sector financiero provocadas por la falta de instituciones y prácticas bancarias sólidas. Y la tercera formaba parte de la cultura económica, concretamente, de los lazos excesivamente estrechos entre el Estado, los bancos y el sector empresarial. Este enfoque de “desarrollo regulado” sencillamente no estaba en sintonía con las exigencias de una economía globalizada.

Para hacer frente a este problema tridimensional hemos tenido que considerar una respuesta igualmente triple. Con respecto a las dos primeras dimensiones —la macroeconomía y el sector financiero— caminábamos por terreno más o menos conocido. En cuanto a la tercera, al igual que otros organismos, nos enfrentábamos con problemas más nuevos: falta de transparencia, inadecuada gestión de gobierno y corrupción. Sin embargo, ahora se están adoptando reformas, algunas con efectos positivos inmediatos; otras, las que tienen por objeto corregir problemas profundamente arraigados, tardarán más tiempo en dar fruto.

En suma, ante una crisis sin precedentes tuvimos que adoptar medidas también sin precedentes y, en algunos casos, navegar por mares procelosos y desconocidos. Hemos aplicado programas integrales, creados en situaciones de emergencia, que hemos adaptado cuando ha sido necesario y están dando resultados satisfactorios.

Consideremos lo que se ha logrado. Definiendo la estabilización en sentido restringido, la tarea está muy avanzada. En Corea y Tailandia, e incluso en Indonesia, los tipos de cambio y las tasas de interés se han estabilizado y están desplazándose hacia niveles más adecuados; la inflación está controlada; la balanza de pagos ha mejorado notablemente al haberse transformado los déficits en cuenta corriente en abultados superávits. Señores Gobernadores, tenemos que felicitar a sus colegas de los países en crisis por la visión y el coraje que han demostrado para alcanzar estas metas. Sin embargo, también somos en extremo conscientes de la notable pérdida de producto y del oneroso costo social que han entrañado estos logros. La situación de las cuentas de capital aún no ha dado un giro convincente. Por lo tanto, aunque ya se han cumplido algunas de las condiciones necesarias para revitalizar el crecimiento, todavía falta mucho camino por recorrer.

Estos países deben seguir aplicando con determinación sus programas de ajuste y reforma, velando por que los más pobres también se beneficien. Los costos sociales han sido altos, excesivamente altos, aun cuando en Asia, al igual que en las demás regiones, hayamos alentado a las autoridades a dar cabida en los presupuestos a un volumen suficiente de gasto social, flexibilizando los objetivos fiscales en la medida de lo necesario. En este sentido, quisiera expresar mi satisfacción por la iniciativa, propuesta a instancias del Banco Mundial, de aumentar sustancialmente el financiamiento para medidas de protección social en los países que emprendan reformas difíciles.

En general, estos programas están comenzando a dar fruto, pero no serán suficientes. Para que estos países, o cualquier otro país, cruce el umbral del nuevo siglo con perspectivas más brillantes a largo plazo, se requiere además un esfuerzo concertado de toda la comunidad internacional para corregir las principales fallas del sistema mundial que esta crisis ha puesto de manifiesto:

1. Las deficiencias en materia de transparencia en todo el mundo —tanto en el sector público como en el sector privado, a nivel nacional e internacional— que obstaculizan gravemente la aplicación de una política acertada, la estabilidad de los mercados y la eficiencia de la supervisión que ejerce el FMI.
2. La fragilidad de los sistemas financieros.
3. El enfoque parcial adoptado con respecto a la apertura de la cuenta de capital —en el marco del cual se eliminaron prácticamente todas las restricciones a los flujos de capital de corto plazo, potencialmente inestables, a la vez que se impusieron restricciones legales y burocráticas a las entradas de capital no generadoras de deuda— se ha orientado en el sentido opuesto al correcto.
4. Las vacilaciones en la definición de las modalidades de participación de las instituciones privadas en la prevención y resolución de las crisis.

5. Por último, al tiempo que se desarrollaban rápidamente complejas modalidades de intermediación financiera de alcance mundial, nosotros hemos establecido con lentitud prácticas y reglamentaciones para los mercados mundiales basadas en la experiencia y en la creación de instituciones con credibilidad para exigir su aplicación.

Señor Presidente, si —como debe ser— deseamos lograr un crecimiento sostenible de alta calidad en un contexto de estabilidad, necesitamos un sistema comercial y financiero mundial abierto y bien regulado, que garantice el acceso a la información necesaria para diferenciar los riesgos, y que pueda contar con la comunidad internacional para que ejerza una firme supervisión a fin de asegurar que los países apliquen políticas creíbles y previsibles. Esto significa que debemos corregir las cinco deficiencias que acabo de mencionar.

En pocas palabras, para que los enormes progresos de los últimos 50 años se prolonguen durante la primera mitad del próximo siglo, necesitamos una nueva arquitectura para el sistema monetario internacional.

III. ¿Cuál debe ser la base de la nueva arquitectura internacional?

Esta nueva arquitectura debe sustentarse en cinco principios básicos: transparencia, solidez de los sistemas financieros, participación del sector privado, liberalización ordenada de los flujos de capital y modernización de los mercados internacionales, mediante normas sobre prácticas óptimas y medios para exigir su cumplimiento. No necesito ahondar en algunos de estos principios porque han sido expuestos con toda claridad en el comunicado del Comité Provisional.

- **Transparencia.** Ésta es la regla de oro. Es esencial contar con información y análisis de alta calidad para formular políticas correctas y para participar en los mercados: ésta es una tarea que nos concierne a todos. Como primer paso esencial, ya están en vigencia las nuevas normas para la divulgación de datos establecidas por el FMI y estamos procurando reforzar y ampliar nuestras actividades de supervisión. La formulación de las políticas oficiales se verá fortalecida con la adopción del nuevo código de buenas prácticas sobre transparencia fiscal, y se está preparando un código sobre transparencia de las políticas monetarias y financieras. También los participantes en el mercado deben estar dispuestos a actuar con mayor transparencia para lograr un mejor funcionamiento de los mercados, entre otras formas mediante nuevas normas reglamentarias y requisitos de divulgación de información. En última instancia, la eficacia de esta reforma estribará en la disposición de los países miembros y los agentes del mercado para adoptar normas de transparencia y en la eficacia con que el FMI aplique estas normas en sus actividades de supervisión.
- **Fortalecimiento del sistema bancario y del sistema financiero.** Este es un elemento básico. Han sido ustedes muy explícitos sobre cuál es el objetivo, al margen de lo compleja que sea su ejecución. Debe establecerse un marco sólido de reglamentación y

supervisión, respaldado por la adopción a escala mundial de normas coherentes en materia de contabilidad, auditoría, seguros, títulos valores, sistemas de pago y supervisión bancaria. El FMI está reforzando su capacidad en esta esfera reorientando la supervisión bilateral y multilateral, así como la asistencia técnica y las actividades de capacitación. Es esencial que, junto con el Banco Mundial y otros organismos internacionales y nacionales, avancemos con rapidez en la formulación y aplicación de principios y buenas prácticas en el contexto de un plan para lograr la estabilidad financiera.

- **Participación del sector privado.** Se trata de un principio esencial ya que es la fuente primordial de financiamiento para muchos países. Han expresado ustedes con toda claridad que, como mínimo, el sector privado debería participar, de manera voluntaria y con espíritu de cooperación, en la prevención y resolución de las crisis financieras. De cara al futuro, y basándonos en las valiosas enseñanzas que hemos acumulado a través de la asistencia proporcionada a los países asiáticos en crisis, destacan dos objetivos: primero, establecer los incentivos adecuados para fomentar la participación sostenida del sector privado en los mercados mundiales de capital, reduciendo al mínimo el riesgo de una retracción súbita de los inversionistas, y segundo, evitar el riesgo moral en el desarrollo del proceso. Debemos seguir trabajando en estas cuestiones, y la participación del sector privado en este proceso será esencial.
- **Liberalización.** La crisis ha hecho resurgir aquí y allá la tentación de reimplantar sistemas de control anticuados. En este tema, sin embargo, ustedes han obviado una disputa teológica ya que han respondido manteniendo el compromiso con la apertura de los sistemas de comercio y pagos y haciendo un claro llamamiento a llevar adelante el mandato que nos encomendaron en Hong Kong. El objetivo ha de ser seguir cautelosamente y de manera ordenada el camino que nos hemos trazado hacia un sistema de libre circulación del capital que se inscriba en el contexto de una reforma financiera, en la secuencia apropiada, y de la solidez de los saldos macroeconómicos. Al mismo tiempo, instamos a los 40 países miembros que aún no han aceptado las obligaciones del Artículo VIII a que lo hagan con prontitud.
- **Modernización de los mercados internacionales, mediante normas internacionales sobre prácticas óptimas.** El objetivo es claro y vale la pena repetirlo: establecer para todas las operaciones financieras internacionales los mismos tipos de prácticas y la misma disciplina que se han establecido a lo largo del tiempo y que rigen hoy en los centros financieros más eficientes. Para eso necesitamos normas internacionales coherentes, no sólo en las áreas monetaria y financiera que más atañen al FMI, sino también en materia de contabilidad, auditoría, quiebras y buena gestión empresarial, que pertenecen al ámbito de competencia de otros organismos. Naturalmente, no basta sólo con divulgar un conjunto de normas; también es necesario que todos los sectores las cumplan: será necesario modificar las prácticas que aplican actualmente las entidades públicas y privadas; es posible que el sector público esté

llamado a desempeñar una función reforzando la estructura de incentivos para adoptar y cumplir las normas, y que haya que modificar también la supervisión que ejerce el FMI para enviar una señal al mundo de que los cambios se están llevando a la práctica como es debido.

¿Bastará con eso? Hay quienes afirman que estas propuestas no son suficientemente audaces, que las normas y los códigos de buenas prácticas dependen demasiado del consenso, la confianza mutua y de que todos los interesados hagan gala de un sentido de la responsabilidad excepcionalmente grande. Pueden incluso abogar por la imposición de normas de tributación de alcance mundial, pero a mí no me parece que pueda materializarse un consenso sobre esa base. Por el contrario, propongo que nuestros cinco elementos sean la base de un acuerdo amplio que debe alcanzarse con un espíritu de subsidiariedad; sólo procede actuar a nivel mundial, cuando no basta con hacerlo a nivel nacional o regional. Esto significa, claro está, a la luz de los últimos acontecimientos, que los órganos nacionales de regulación deben adoptar todas las medidas pertinentes para fortalecer sus sistemas financieros, y sobre todo para abordar con decisión los graves problemas creados por la falta de transparencia y el insuficiente seguimiento de los fondos de cobertura de riesgo y de las transacciones en muchos centros extraterritoriales.

Estoy convencido de que, tomados en conjunto y cimentados con un sentido de la responsabilidad compartido por todos ustedes, estos cinco elementos pueden servirnos de base para construir el sistema sólido y estable que todos deseamos. Pero no significa que no vayan a plantearse nuevos desafíos ni surgir nuevas crisis. Para enfrentarnos a unos y otras, tendremos que lograr un mayor nivel de cooperación internacional, sobre todo ahora que enfrentamos la difícil tarea de renovar el sistema al mismo tiempo que nos esforzamos en controlar la crisis. Esto nos lleva a la tarea más importante con que nos vemos confrontados: trazar el camino que nos permita salir de la crisis.

IV. Una salida de la crisis

No se puede negar que las tareas que tenemos pendientes son complejas, pero es esencial que empecemos a actuar inmediatamente. Aun así, los resultados que podemos esperar serán graduales y tardarán varios años en materializarse. Cabe plantearse, entonces, ¿cuáles podrían ser, para el futuro inmediato, los elementos de un nuevo consenso para superar la situación actual y establecer una economía más sólida basada en la nueva arquitectura? Todos estamos llamados a cumplir una función.

En primer lugar, las economías más robustas: En la hora actual, es evidente que los países industriales tienen que ser el motor del crecimiento mundial. La firme decisión que tomaron recientemente los Ministros de Hacienda y los Gobernadores del Grupo de los Siete de mantener o crear las condiciones necesarias para un crecimiento interno sostenible en un contexto de estabilidad financiera es una señal alentadora, pero es necesario pasar a la acción y mantenerse alertas. Esa acción tiene especial carácter de urgencia en Japón. Por ser la

segunda economía industrial más importante, Japón desempeña una función crucial para la economía mundial, sobre todo en Asia. Pero actualmente, este país sufre graves problemas que afectan a los sectores financiero y empresarial. La adopción de medidas firmes por parte de las autoridades para corregir rápidamente y con determinación las deficiencias del sector financiero, perseverando en la desregulación, la apertura y la reforma estructural y manteniendo al mismo tiempo el impulso fiscal hasta que la recuperación pueda autosostenerse, merece todo el respaldo y los mayores elogios de la comunidad internacional.

Segundo, la comunidad internacional debe proporcionar respaldo eficaz a los países en etapa de reconstrucción, a condición de que sigan aplicando con el máximo rigor los programas acordados. Todas las partes interesadas deben plantearse seriamente si están haciendo todo lo posible para que estos programas tengan éxito.

- Los bancos y otros acreedores privados, agilizando la reestructuración de la deuda privada o pública y, en caso necesario, reduciéndola, y manteniendo las líneas de crédito y los mecanismos de crédito comercial.
- Los acreedores y donantes bilaterales oficiales, brindando respaldo, si procede, sobre todo cuando se presta a través de mecanismos que constituyen una segunda línea de defensa o, en forma más general, reconociendo que el respaldo bilateral es esencial para que el FMI pueda desempeñar su función catalizadora; al respecto, quisiera señalar que considero muy positivas la iniciativa anunciada por Japón en favor de los países de Asia, y la favorable disposición manifestada por España, con el apoyo de otros países de la UE, para contribuir al financiamiento de los programas respaldados por el FMI en América Latina.

Tercero, los países que están luchando contra los efectos de contagio deben, sobre todo, resistir la tentación de adoptar medidas unilaterales con respecto a la deuda, de recurrir al proteccionismo o de tratar de estimular la expansión con financiamiento inflacionario. Por el contrario, tienen que desarrollar su capacidad para anticiparse a los problemas y reaccionar rápidamente. Deben perseverar en la aplicación de programas basados en una sólida disciplina monetaria y presupuestaria, el ajuste estructural, el fortalecimiento de los sistemas financieros, la transparencia y la promoción de una buena gestión tanto empresarial como de gobierno.

Estos países deben poder contar con la ayuda del FMI y de la comunidad internacional, como ya sucede con los aproximadamente 75 países que actualmente están aplicando o negociando programas con el respaldo de la institución. Al respecto, quiero hacer de pasada una observación: ¡75 países aplicando programas de esa naturaleza! Creo que esa cifra resume la magnitud de los esfuerzos desplegados para evitar crisis y mantener el crecimiento. Pero, con todo, las tareas que enfrentan varios de estos países son tan complejas que es posible que el FMI tenga que aumentar el respaldo que actualmente les proporciona. Pienso sobre todo en los países de África, de la región del Cáucaso o Asia central y de

América Latina. No eludiremos nuestras responsabilidades y, si es preciso, adoptaremos nuestras iniciativas para alcanzar estos objetivos.

Esto nos lleva a la **cuarta** tarea: el financiamiento del propio FMI. Se han alzado voces con más autoridad que la mía a este respecto. En un mundo en rápida evolución, en el que un súbito cambio de actitud de los mercados puede desestabilizar incluso economías con un grado de empeño económico satisfactorio, el FMI necesita recursos suficientes para poder cumplir plenamente las funciones que le han sido encomendadas.

Actualmente es necesario adoptar cuanto antes medidas en varias esferas: el aumento de las cuotas es muy urgente y debe concretarse lo antes posible, junto con los Nuevos Acuerdos para la Obtención de Préstamos, y la ratificación de la asignación de DEG que aprobaron el año pasado.

También debo reiterar la necesidad de que el FMI reciba, sin más retraso, fondos suficientes para reponer los recursos del servicio reforzado de ajuste estructural (SRAE). Este financiamiento es una condición sine qua non para que nuestra participación en la Iniciativa para los PPME, en la asistencia para los países en etapa de posguerra y en los programas de ajuste y reforma en los países más pobres —sobre todo de África— pueda estar a la altura de las objetivos propuestos. Señores Gobernadores, quiero hacer especial hincapié en este punto porque el mantenimiento y —me permito sugerir— la intensificación de nuestros esfuerzos, en estos países pobres deben ser un componente esencial del nuevo consenso que queremos forjar.

Y **quinto**, en esta búsqueda de un consenso para salir de la crisis, nuestras instituciones deben adaptarse al nuevo entorno. Esto se aplica al propio FMI. Se ha dicho que no se debe reformar el cuerpo de bomberos en medio de un incendio. Pues bien, creo que ha llegado el momento de que, al menos, empecemos a hacerlo. En realidad, les diría que uno de los aspectos más valiosos de la cultura del FMI es el poder emprender reformas internas sin siquiera interrumpir nuestras labores de emergencia en todas partes del mundo. Evidentemente, seguiremos esforzándonos por cumplir mejor nuestra función de evitar y controlar las crisis. Buscaremos nuevas formas de fortalecer nuestra capacidad para brindar respaldo más eficientemente —incluso con carácter precautorio— a los países que apliquen políticas acertadas en un entorno mundial en que las condiciones financieras son difíciles. Pero nuestra labor no puede detenerse ahí: debemos seguir avanzando.

Quisiera mencionar las medidas que considero factibles para lograr una mayor armonía entre el FMI y este nuevo entorno.

- Creo que estamos todos de acuerdo en que el FMI no debe ser la excepción cuando se trata de cumplir la regla de oro de la transparencia. Procuremos, entonces, seguir avanzando en la tarea de divulgar y someter a evaluaciones externas un mayor número de nuestras actividades. Ya ha concluido la evaluación de SRAE, y la supervisión

—nuestra principal actividad— es ahora objeto de un examen. Sin embargo, otro elemento clave para lograr una mayor transparencia, como saben, es el grado de confidencialidad necesario para mantener con todos ustedes un diálogo totalmente franco. Apenas hayan llegado ustedes a un consenso con respecto a estos límites, estaremos en condiciones de publicar documentos que, por ahora, nos piden que sigan siendo confidenciales. Trabajemos juntos para conciliar estas dos necesidades.

- También debemos volver a examinar nuestros instrumentos jurídicos. Estimo que hay dos aspectos en los que se plantea la cuestión de la enmienda del Convenio Constitutivo. El primero es la enmienda para incluir entre los fines del FMI la ordenada liberalización de la cuenta de capital y ampliar la jurisdicción de la institución si procede. En esta materia ya hemos iniciado nuestras labores. Pero la posibilidad de realizar otra enmienda se plantea por un aspecto más específico de la arquitectura, una idea que sigue siendo polémica: la necesidad de facilitar la ordenada reestructuración de la deuda de los países en situación crítica de sobreendeudamiento. Considero positiva la decisión del Directorio Ejecutivo de volver a examinar este tema más adelante.
- También debemos prestar especial atención al tema de la responsabilidad política que con tanta frecuencia se menciona. Cuando los programas respaldados por el FMI tienen repercusiones que trascienden del ámbito estrictamente económico, se cuestiona la legitimidad de nuestras acciones como institución técnica. Pero estos problemas van más allá de la rendición de cuentas y se refieren a la necesidad de tener las debidas facultades para cumplir adecuadamente con las funciones que ustedes nos encomiendan. Por lo tanto, reitero mi pleno apoyo a la propuesta francesa de considerar la transformación del Comité Provisional en un “Consejo” con poder decisorio en lugar de una función consultiva. Esta transformación, prevista desde hace mucho tiempo en la Sección I del Artículo XII del Convenio Constitutivo, podría ser la culminación de nuestros esfuerzos por establecer una nueva arquitectura creíble, creando un órgano cuyos miembros serían responsables colectivamente de los aspectos clave del sistema monetario y financiero internacional. Asimismo, dicha transformación contribuiría de manera importante a la nueva y necesaria dimensión de cooperación, al ofrecer a sus representantes en el Consejo un foro central para pronunciarse con plena legitimidad y autoridad y con una sola voz.
- Por último, dos factores muy importantes plantean la necesidad de reconsiderar las modalidades de la supervisión multilateral que ejerce el FMI. El primero, que la crisis de Asia ha sacado a la luz, es el alcance de los movimientos desestabilizadores de los mercados cambiarios. El segundo, es la posibilidad, a medida que el euro se convierte en una de las principales monedas internacionales, de lograr la cooperación de las autoridades monetarias del sistema multipolar que probablemente se establecerá en los próximos años. No cabe duda de que está surgiendo un nuevo equilibrio monetario internacional, cuya supervisión será una de las principales tareas para las que el FMI deberá prepararse.

* * * * *

Señor Presidente, señores Gobernadores, he tenido que abordar esta mañana temas de importancia capital para el futuro de la economía mundial y debo decirles que estoy convencido de que existe un camino, por angosto que sea, para salir de esta crisis. Tengan ustedes la seguridad de que el FMI y su personal, sumamente competente y valiente, actuarán con determinación para ayudarles a alcanzar los objetivos fundamentales, a saber, una política monetaria sana, un crecimiento de alta calidad, protección para los más pobres y desarrollo del capital humano. Tengan la seguridad de que el FMI se adaptará rápidamente y no escatimará esfuerzos en cuanto a su reforma. Tengan la seguridad de que el FMI respaldará a los países miembros independientemente de la situación en que se encuentren.

Pero, señores Gobernadores, el FMI sólo puede ayudar a los países miembros que se esfuercen por ayudarse a sí mismos. Y esa tarea no podemos realizarla solos. En nuestra colaboración con el Banco Mundial y los bancos regionales de desarrollo también necesitamos su apoyo. Necesitamos de ustedes que son nuestros socios, nuestros accionistas, y en última instancia los responsables de las decisiones.

Aunemos nuestras fuerzas para concluir las tareas que he descrito. Con el apoyo de ustedes, con la orientación que nos brinden, el FMI, al que ustedes han creado como centro del sistema financiero, seguirá prestando con orgullo los servicios que le competen.